

Revista interdisciplinar  
de Ciencias de  
la Comunicación  
y Humanidades

Comunicación  
y Hombre

ENERO 2017

ESTUDIO PUBLICADO EN

## NUEVAS FORMAS DE COMUNICACIÓN POLÍTICA II

Nº 13 DE LA REVISTA COMUNICACIÓN Y HOMBRE

# ¿Tiene futuro la radio clandestina?

ZARAGOZA FERNÁNDEZ, Luis

*Universidad Complutense de Madrid  
Madrid, España*



Universidad  
Francisco de  
Vitoria

UFV Madrid

# ¿Tiene futuro la radio clandestina?

Does clandestine radio have a future?

El artículo parte de las múltiples transformaciones que en la actualidad experimentan los medios de comunicación en general, y la radio en particular, para plantearse la pregunta de si la radiodifusión clandestina sigue siendo un género radiofónico vivo, útil, necesario, o si por el contrario forma ya parte del pasado. El autor se inclina por la primera hipótesis. Para explicar su postura, analiza las características principales de la radiodifusión clandestina, compara las circunstancias políticas y técnicas en las que nació con las actuales y esboza algunas posibles transformaciones que afectarán a este género en los próximos años.

PALABRAS CLAVE: Radiodifusión clandestina, comunicación política

The article is based on the multiple transformations currently experienced by the media in general, and radio in particular, to ask the question of whether clandestine radio broadcasting is still a live, useful, necessary radio category or, on the contrary, it belongs to the past. The author opts for the first hypothesis. To explain its position, he analyzes the main characteristics of clandestine broadcasting, compares the political and technical circumstances in which it was born with the current ones, and outlines some possible transformations that will affect this genre in the coming years.

KEY WORDS: Clandestine radio broadcasting, political communication

## 1. Introducción

En el otoño de 2016, los medios de comunicación internacionales empezaron a recoger noticias acerca de una emisora de radio que transmitía hacia Mosul, con el nombre de Alghad («mañana», en árabe). Emitía desde marzo de 2015, pero su descubrimiento internacional coincidió con la ofensiva del Ejército iraquí para recuperar la ciudad de manos del autodenominado Estado Islámico. Uno de sus fundadores, Mohammed al-Mawsily, de 28 años, debió abandonar su ciudad natal en julio de 2014, tras la llegada de los islamistas radicales. Instalado en el Kurdistán iraquí, comenzó a pensar en una forma de comunicar con la gente que había quedado atrapada allí. Con la autorización del Gobierno de la región del Kurdistán, instaló transmisores cerca de la línea del frente, a pocos kilómetros de Mosul,

para que la señal de FM pudiera penetrar en la ciudad ocupada. El ISIS primero prohibió la venta de aparatos de radio, y luego instaló su propia emisora en Mosul para transmitir en la misma frecuencia de Alghad y así tratar de anular su señal. Alghad aumentó entonces sus transmisores a lo largo de la línea del frente, preparados para emitir en distintas frecuencias a la vez. Pero lo que los medios de comunicación internacionales destacaron más fue el hecho de que Alghad se las arregló para hacer posible que los ciudadanos de Mosul pudieran llamar por teléfono a la emisora y hablar libremente de sus problemas, de su vida diaria en poder del ISIS, y también de sus esperanzas y sus sueños para el futuro. Para esos ciudadanos, Alghad era un medio de romper su aislamiento, y también una forma de resistencia a las políticas de los yihadistas<sup>1</sup>.

En las informaciones sobre Alghad FM se utilizó con frecuencia la locución «radio clandestina». En efecto, los fundadores de Alghad FM no podían desvelar los aspectos básicos de su actividad, como la localización concreta de los estudios y los transmisores o la identidad real de los miembros de la emisora, para evitar represalias del Estado Islámico. De hecho, «al-Mawsily» es un pseudónimo, que significa «de Mosul». Quienes llamaban desde dentro de Mosul debían utilizar pseudónimos e incluso hablar en susurros, porque el Estado Islámico ha ejecutado a gente por el simple hecho de tener un teléfono móvil o una tarjeta SIM. La de Alghad FM es la referencia más reciente, pero el término «radio clandestina» aparece de vez en cuando en los medios de comunicación. Ahora bien, ¿estas apariciones son los estertores de un género que ya es pasado o, por el contrario, la prueba de que esta categoría de radio está más viva de lo que pudiera pensarse?

La radio vive tiempos de redefinición. Tras casi un siglo de existencia como medio de comunicación de masas, la convergencia tecnológica está transformando por completo la forma de acceso a los contenidos, la relación entre emisores y receptores, la caracterización tradicional de los géneros y de las emisoras... Algunas barreras tradicionales que limitaban las posibilidades del medio se rompen (la principal de ellas, la derivada del alcance de las ondas hertzianas, el soporte tradicional durante décadas). Mientras, aspectos básicos que le daban una primacía sobre los otros (como la inmediatez y la flexibilidad para la transmisión de los hechos) dejan de ser exclusivos.

Sólo la extensión a gran escala de la televisión obligó a los comunicólogos y a los responsables de las emisoras a repensar y a resituar el papel y las funciones de la radio con tanta urgencia y tanta pluralidad de enfoques como en los últimos años. El tiempo transcurrido nos invita a pensar que habrá que replantear (otro «re») el concepto mismo de radiodifusión, sobre todo a la luz del «consumo» que de él hacen los jóvenes, y que de algún modo marca el camino.

Pero lo que aquí queremos preguntarnos, como decíamos, es algo mucho más concreto.

---

1/ Entre las muchas informaciones publicadas, podemos destacar la que Al Jazeera ofreció en su web el 22 de septiembre, la de la CNN el 22 de octubre o la del *Washington Post* el 17 de noviembre.

En estos complejos procesos de transformación, ¿qué papel le está reservado a la radiodifusión clandestina, ese tipo de emisiones tan poco estudiadas como constantes en la historia del medio? Para contestar a esa pregunta, intentaremos primero aproximarnos a las características mismas de la radiodifusión clandestina. Después analizaremos si las circunstancias políticas y técnicas que motivaron su nacimiento en los años treinta siguen justificando hoy su presencia. Y, en caso afirmativo, nos plantearemos si las emisiones clandestinas también están sufriendo algún tipo de evolución respecto a sus características originales.

## 2. Definición de un género

La radiodifusión clandestina recibió una importante atención sobre todo desde mediados los años setenta y aproximadamente durante una década. El momento era propicio. Por una parte, se estaba produciendo una nueva oleada de revoluciones en extensas zonas del planeta, una «tercera ronda de convulsiones del siglo XX corto» que parecía alterar el equilibrio de las dos superpotencias en contra de Estados Unidos (Hobsbawm, 1995: 249). Por otra parte, en organismos como la UNESCO, gracias a los países del Tercer Mundo, se ponía sobre la mesa el debate sobre la necesidad de un «Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación». Un debate que incluía, entre otras cosas, peticiones para una redistribución más justa de las ondas, de modo que no primara el «derecho de conquista» sobre las frecuencias (Mattelart, 2003: 245-246). En estas circunstancias, distintos analistas se aproximaron a estas emisiones desde las ciencias de la comunicación, pero también desde las ciencias políticas y desde las relaciones internacionales. Se estudiaron algunas voces destacadas que emanaban del mismo centro de los conflictos, pero también se intentó desde distintos ángulos dar una definición del género.

Así, por ejemplo, Julián Hale (1979: 136-137) caracterizaba como clandestinas «todas aquellas estaciones que no son los portavoces de los gobiernos y que desempeñan alguna suerte de papel subversivo, lanzando propaganda por motivos tácticos contra alguna zona en particular, por oposición a las que diseminan una ideología o una “verdad objetiva” hacia el mundo en general».

Dos de los principales investigadores del género en los años ochenta, Lawrence C. Soley y John S. Nichols (1987: 10) afirmaban que:

“La radiodifusión clandestina se diferencia de otros tipos de radiodifusión por ser ilegal, política y frecuentemente engañosa. Las estaciones clandestinas operan sin licencias o sin registro en el International Frequency Registration Board (IFRB). Las estaciones están dirigidas por grupos revolucionarios o clandestinos en un país, o por un poder adversario que simula ser un grupo de oposición autóctono”.

El mismo criterio legalista empleaba Mathias Kropf para distinguir las emisiones oficiales de las clandestinas. Desde su punto de vista,

“son oficiales aquéllas que están registradas oficialmente como entidades públicas o privadas en algún país, aunque otros países no estén de acuerdo con la política de emisión que esas emisoras practiquen. Las que no están comprendidas bajo esa condición son consideradas clandestinas. Y el rótulo cubre tanto las emisoras que emiten desde lugares no localizados, pero que se identifican claramente con una determinada organización o ideología, como aquellas que tienen como finalidad cualquier tipo de propaganda “negra” (Gómez Fernández, 2002: 348).

Más amplio era el enfoque de Mary E. Beadle, cuando definía a las radios clandestinas como:

“transmisores sin licencia que propugnan la guerra civil, la revolución o la rebelión; habitualmente actúan en secreto. Debido a que desean que su identidad real no sea conocida, proporcionan información engañosa sobre su respaldo, el lugar desde el que transmiten y sus objetivos. [...] Estas estaciones representan a movimientos políticos, organizaciones guerrilleras o a un país en guerra con otro que intenta transmitir hacia la nación enemiga bajo falsas pretensiones. Este tipo de radio se confunde a menudo con las estaciones piratas, porque ninguna de ellas utiliza una frecuencia asignada por una autoridad nacional. [...] Sin embargo, las transmisiones clandestinas implican algo más que simple piratería: tratar de derrocar a un gobierno por parte de fuerzas revolucionarias o por parte de otro país que busca desestabilizar a un adversario sin una intervención armada” (Sterling y Keith, 2004: 334).

En contraste, la definición que daba Carol Feil resulta mucho más sintética: “Una emisión clandestina es una emisión política desde una estación de radio o una organización que está considerada ilegal en el país al que se dirige” (Gómez Fernández, 2002: 348).

Desde España, Óscar Núñez Mayo señalaba que «la radiodifusión clandestina es la actividad radiofónica que se lleva a cabo exclusivamente por motivaciones de carácter político y que carece de una autorización oficial expresa, organizada por individuos o grupos marginados del sistema político imperante en su país al cual dirigen emisiones de carácter subversivo, bien desde una emisora (legal o ilegal) situada dentro del país, bien desde una emisora (legal o ilegal) establecida en el exterior» (Núñez Mayo, 1980: 262).

En todas estas definiciones observamos diferentes criterios de acercamiento al género y algunos aspectos contradictorios entre sí. Pero también distintos rasgos comunes, confirmados además por el estudio práctico de la labor de las principales emisoras que han existido hasta ahora. Dos de estos rasgos son básicos. Por un lado, su intencionalidad política, lo que las diferencia netamente de las radios piratas, creadas con finalidad de lucro para sus propietarios a semejanza de las emisoras privadas comerciales. Por otro lado, estar dirigidas por organizaciones perseguidas e ilegalizadas en un determinado territorio (que podríamos

identificar como el territorio objetivo primario de cada emisora). Grupos que, por lo tanto, deben actuar en la clandestinidad. Al no poder expresarse a la luz del día, a través de los medios de comunicación convencionales, deben recurrir también a la comunicación clandestina, y la radio es uno de los instrumentos de esa comunicación. El tercer rasgo común, la ilegalidad a la que aluden varias definiciones, es desde nuestro punto de vista menos relevante, ya que puede haber emisiones con finalidad política a cargo de grupos que son clandestinos, pero transmitidas desde los servicios oficiales de gobiernos «amigos» de esos grupos, bien por solidaridad ideológica, bien para desestabilizar el territorio objetivo primario. Por eso preferimos hablar de «emisiones» más que de «emisoras» en el caso de las clandestinas.

De aquí se derivan distintas características presentes con mayor o menor intensidad en la forma y en el contenido de estas emisiones. De forma esquemática podríamos establecer las siguientes:

- Instrumentos de combate: los grupos clandestinos tratan de derrocar al régimen en el poder que les reprime, y la radiodifusión clandestina es un instrumento de esa lucha.
- Temporalidad: al nacer en unas circunstancias determinadas y luchar para acabar con ellas, el propósito de las emisiones clandestinas no es sobrevivir, perpetuarse, sino durar lo menos posible, por paradójico que pueda parecer. Dadas las mejores condiciones posibles, cuanto menos esté en el aire una emisión clandestina significará que antes ha logrado sus objetivos el grupo que la puso en marcha.
- Vehículos de propaganda: son portavoces de grupos políticos concretos, difunden sus consignas y sus puntos de vista sobre la realidad, y tratan de atraer gente hacia su causa. Por eso se les ha atribuido habitualmente un discurso triunfalista según el cual los regímenes en el poder se encuentran en una fase terminal y la oposición a esos regímenes está cada vez más fuerte y más unida.
- Canales de información alternativa: no obstante la característica anterior (claramente predominante en este tipo de emisiones), la radiodifusión clandestina es un contrapunto de la controlada por los regímenes en el poder, y contribuye en algunos casos a llenar vacíos y silencios provocados por la censura (la credibilidad alcanzada por las distintas emisoras a lo largo del tiempo puede corroborarse por las referencias a ellas en la prensa internacional).
- Instrumentos para la organización y el encuadramiento: gracias a la visibilidad (audiabilidad, podríamos decir con más propiedad) que otorgan a los grupos que las ponen en marcha, permiten la adhesión de nuevos militantes, y a la vez posibilitan que los responsables de esos grupos se puedan dirigir al grueso de los miembros, o a individuos concretos.
- Vehículos de movilización: como instrumentos de lucha, pretenden convencer a la

gente de que ni siquiera bastan la rabia y la indignación, sino que hay que actuar para cambiar las cosas. En paralelo, buscan impulsar la solidaridad del resto del mundo con la causa que defienden (es el territorio objetivo secundario de las emisiones clandestinas).

- Mayor atención al contenido que a la forma: lo prioritario ha sido transmitir los mensajes para esa movilización y esa solidaridad, más que utilizar los amplios recursos sonoros que la radio ofrece para la construcción de narraciones. Ello no obsta para que algunas emisiones clandestinas sí hayan puesto más interés en ese aspecto formal.
- Objeto de represión por parte de los regímenes en el poder: si los grupos clandestinos tratan de derrocar a los regímenes que les reprimen y las emisiones clandestinas son un instrumento en esa lucha, esos regímenes tratarán de anularlas al considerarlas hostiles. Pretenderán destruir los transmisores, si se dan condiciones para ello, o de hacer imposible la escucha mediante diferentes procedimientos, de entre los cuales las interferencias ha sido el más empleado.

Son, como decíamos, algunos elementos que habrá que tener en cuenta a la hora de caracterizar las emisiones clandestinas. Elementos que se repiten a lo largo de la historia del género y en los que por razones de espacio y de objetivo no podemos profundizar con análisis de caso prácticos. Lo que interesa ahora es plantearnos si se siguen dando las circunstancias que durante más de ocho décadas justificaron la presencia de esta categoría de emisiones en las ondas.

### 3. Sentido hoy de las emisiones clandestinas

Las emisiones clandestinas surgieron a comienzos de los años treinta cuando coincidieron unas circunstancias políticas y técnicas que las hicieron posibles. Hemos visto ya que la radio clandestina nace siempre en circunstancias de opresión, en las que existen grupos, organizaciones, partidos, movimientos políticos perseguidos, ilegalizados, proscritos por los regímenes en el poder. La consolidación de distintas formas de autoritarismo, totalitarismo o populismo en varios países desarrollados, y la represión de los incipientes movimientos anticoloniales en vastas zonas de África y Asia, proporcionaban el caldo de cultivo adecuado para que muchos grupos políticos se vieran obligados a actuar de forma clandestina. Ahora bien, por desgracia, la represión y la clandestinidad no constituían un fenómeno nuevo en la historia de la Humanidad. Sí lo era el desarrollo acelerado de la radiodifusión, ascendida a medio de comunicación de masas sólo a principios de los años veinte, pero que en los países más desarrollados estaba experimentando un crecimiento espectacular. Como señalaron Albert y Tudesq (1982: 7), “Mientras que la progresión de la prensa escrita había

sido bastante lenta para acompañar la evolución de los niveles de vida y de las necesidades culturales de sus lectores», la radio generó, «por la rapidez y la masividad de su intrusión en la vida de los individuos y de las familias, una real conmoción». Ese crecimiento generó la perspectiva de impacto nacional e internacional suficiente como para que los grupos clandestinos se plantearan difundir sus mensajes no sólo a través de textos escritos, como habían hecho durante siglos, sino también a la radio.

Lo que debemos preguntarnos, pues, es si aún hoy siguen dándose las circunstancias políticas (régimen de opresión) y técnicas (perspectiva de impacto) que justifiquen la existencia de emisiones clandestinas. De las primeras apenas hay dudas (alguien diría que basta con ver cada día las noticias, pero esa explicación no es suficientemente académica). Las esperanzas un tanto ingenuas que algunos expresaron tras los acontecimientos de 1989-1991 en la Europa del Este se desvanecieron tan pronto como las despertadas en 1918 y 1945. Según el "Democracy index" del diario *The Economist* en su edición de 2015, sobre ciento sesenta y siete países analizados, solo veinte podían considerarse democracias plenas (apenas el nueve por ciento de la población mundial). En cambio había cincuenta y dos regímenes autoritarios, que contenían a un tercio de la población mundial. En medio quedan los conceptos más difusos de «democracias defectuosas» y «regímenes híbridos»<sup>2</sup>. Es solo uno de los estudios que podrían esgrimirse.

Más complejo es estudiar el factor técnico, la perspectiva de impacto. En 1993, el estudioso del género Lawrence C. Soley pronosticaba que el fin de la Guerra Fría no reduciría el número de emisoras clandestinas, sino todo lo contrario, debido a que diferentes conflictos étnicos y regionales reemplazarían al enfrentamiento global entre Estados Unidos y la URSS. "Todo lo que se requiere para poner en marcha una emisora clandestina que apoye o que se oponga a una u otra causa es un transmisor, un mensaje y la esperanza de que alguien escuche", afirmaba Soley. "Y dado que la radio puede alcanzar a todos los sectores de la sociedad más allá de su educación o de su clase socioeconómica, seguirá siendo el medio preferido para los grupos que busquen expresar sus puntos de vista o fomentar la revolución, la liberación o la rebelión" (Soley, 1993: 130 y 138).

Soley no podía prever la transformación del mundo informativo y comunicativo que entonces estaba apenas en sus primeros balbucesos, pero que ha cambiado nuestra forma de percibir la realidad y de interactuar con ella de una manera más espectacular aún en rapidez y en penetración que la provocada por la aparición de la radio hace casi un siglo. La propia radio se ha visto inmersa en un mundo de cambios acelerados. La digitalización ha roto, para empezar, la barrera de los soportes: la radio ya no sólo se escucha en el aparato de radio, sino a través de la TDT, del móvil, del ordenador... Ha multiplicado también de forma exponencial la oferta de emisoras que un oyente puede recibir: a la misma distancia, a golpe

---

2/ Resultados disponibles en [www.eiu.com](http://www.eiu.com).

de clic, están las emisoras internacionales, nacionales y municipales. Se ha diluido cualquier jerarquización: los medios públicos y privados, los comerciales y los comunitarios, los más rigurosos y los más sensacionalistas, los que tienen presupuestos millonarios y los que son el fruto espontáneo y entusiasta de un grupo de personas tienen en teoría las mismas posibilidades de ser encontrados por la audiencia que navegue en Internet o en los directorios de “podcasts” y emisoras que ofrecen distintas aplicaciones para móviles y tablets, hasta el punto de que la única separación parece ser ya la de los contenidos de pago frente a los gratuitos.

La digitalización ha acabado también con algunas características hasta ahora propias de la radio. Los “podcasts” a los que nos referíamos y las ofertas «a la carta» en las webs permiten elegir cuándo y dónde acceder a los programas o secciones de ellos (sin someterse al corsé de una parrilla), y además volver sobre ellos (frente a la irreversibilidad de los contenidos que caracterizaba a la radio, y también a la televisión, si uno no tenía la precaución de grabarlos por sus propios medios).

Por otra parte, la radio ya no es sólo sonora. Las webs y las aplicaciones para móviles incorporan textos e imágenes complementarios para ampliar los contenidos, y en muchos casos ofrecen un “streaming” de vídeo con lo que ocurre en el estudio en tiempo real, del mismo modo que las ediciones digitales de los periódicos y revistas (que no son meras copias de las impresas) ofrecen audios y vídeos. De hecho, podemos decir que hoy vivimos una “convergencia gradual de tecnologías de información y comunicación hacia un sistema digital de transmisión, procesado y almacenamiento común” (Thompson, 1998: 113-114). Así las cosas, que los medios nacidos ya en Internet se definan a sí mismos como periódicos, emisoras de radio o canales de televisión depende no ya de la exclusividad, sino de la preponderancia de unos formatos sobre otros.

Pero hay dos cambios más fundamentales que se han producido gracias a esa convergencia tecnológica. En primer lugar, la radio ha perdido el monopolio de la inmediatez, ya no es necesariamente el medio que antes cuenta lo que ocurre. Los periódicos actualizan en Internet sus contenidos al instante y lanzan alertas de las noticias urgentes en sus “apps” para móviles y tablets. Los gestores de RSS nos permiten mantenernos al día de cualquier novedad sobre las materias que nos interesan.

El segundo de esos cambios fundamentales es que se ha desdibujado la tradicional frontera entre emisores y receptores. No sólo se han multiplicado los canales por los que la audiencia puede comunicarse con los responsables de los contenidos, terminando así con una comunicación que hasta ahora era en esencia unidireccional. Además, gracias a las redes sociales y a una tecnología cada vez más barata y usable, casi cualquier persona puede convertirse en emisor de sus propios contenidos en los formatos que quiera (textos, sonidos, imágenes fijas o en movimiento...). Internet parece hacer por fin posible lo que soñó Bertolt Brecht para la radio en los años treinta: «constituir a los radioyentes en abastecedores» para crear “el más fabuloso aparato de comunicación imaginable de la vida pública” (Bassets [ed.], 1981: 57 y

56). Es el llamado «periodismo ciudadano» (sin censuras, pero también sin verificaciones), con su aparente poder de democratizar la información y su capacidad para movilizar a la gente.

Vivimos, pues, en un entorno en el que la información parece estar por todas partes, incluso que nos abruma, que llega a producir sensación de sobrecarga, y en el que el acceso a los datos que podemos consultar supera con mucho el conocimiento enciclopédico de otras épocas. A tenor de ese entorno en el que nos movemos y desde el que interpretamos ciertas estadísticas, parecen ya superadas las condiciones que dieron vida a tantas emisiones clandestinas durante tantas décadas, parecen muy lejanos los contextos que las hicieron posibles. En el prólogo de un estudio sobre el impacto de Radio Free Europe y Radio Liberty publicado en 2010 se podía leer: «Es difícil imaginar que un solo medio tenga alguna vez la importancia singular que tuvieron las emisiones de radio por onda corta en la Europa central y oriental durante la Guerra Fría. Entonces, el “ruido” con el que competían los emisores occidentales era principalmente el ruido de la interferencia deliberada por parte de un solo régimen totalitario. Ahora, aunque haya aún interferencias, bloqueos o filtros por parte de regímenes autoritarios, también hay el “ruido” de la competencia entre miles de canales de comunicación, medios de masas, y fuentes de entretenimiento y distracción» (Johnson y Parta [eds.], 2010: XVI).

Y, sin embargo, esa sociedad de la información interconectada e hiperconectada tiene sus grietas, sus brechas y sus fallas. La Unión Internacional de Telecomunicaciones, en su Informe sobre medición de la sociedad de la información de 2015, estimaba que tenían acceso a Internet siete de cada cien hogares en los «países menos adelantados», cuando la media mundial es del cuarenta y seis por ciento (UIT, 2015: III). Según este informe, algo más del cuarenta por ciento de la población mundial utiliza Internet. Eso implica que hay más de cuatro mil millones de personas que no pueden acceder a la red de redes ni siquiera en su forma más rudimentaria, de ellas el noventa por ciento en los países en desarrollo, en muchos de los cuales la inestabilidad política se alía con la pobreza económica (UIT, 2015: 2). La sociedad de la información avanza a escala mundial, pero “la brecha digital se observa tanto entre los países como dentro de los países, en particular entre las zonas urbanas y rurales” (UIT, 2015: 2). Por no mencionar los precios aún prohibitivos en muchos casos, que expulsan de las telecomunicaciones a las personas más pobres, incluso en los países con alto índice de desarrollo en este ámbito. La disparidad regional es evidente. Los diez últimos países en la clasificación del Índice de Desarrollo de las TIC (IDT) elaborado por la UIT pertenecían a África, y treinta y dos Estados de este continente se hallaban en el cuartil más bajo. Los últimos veinte países en el Índice compartían la categoría de «países menos adelantados». Todos los países mejoraron sus valores IDT entre 2010 y 2015, pero la UIT explicaba que “la brecha entre los países desarrollados y los países en desarrollo es a la vez sustancial y persistente” (UIT, 2015: 11-14).

Para esos miles de millones de personas, la radio en su concepción tradicional sigue siendo hoy el principal medio de acceso a la información, al entretenimiento, a la cultura, a la

educación y, también, a la movilización. Así se manifestó en una reunión del Consejo para el Desarrollo de la Investigación en Ciencias Sociales en África (CODESRIA, en sus siglas inglesas) celebrada en 2008, cuando ya Internet era más que una realidad. La radio seguía siendo fundamental a causa del bajo nivel de alfabetización, de la limitada tecnología disponible, así como la escasez de infraestructuras básicas en la mayoría de países africanos. Junto a estos elementos se destacaba su penetración y su capacidad para llegar incluso a comunidades remotas o a asentamientos donde otros medios encuentran difícil tener un impacto. La naturaleza móvil de los aparatos de radio, su recepción comunitaria, el empleo relativamente fácil de lenguas minoritarias, su vinculación a las tradiciones orales..., seguían mencionándose como factores importantes para la primacía del medio, al igual que en las décadas anteriores (Hungbo, 2008: 4-7).

En 2007, cuando se actualizó por última vez, el portal especializado [www.clandestineradio.com](http://www.clandestineradio.com) contabilizaba trece países o entidades «de facto» con emisoras activas en África, seis en América, dieciséis en Asia, tres en Europa (todos territorios exsoviéticos) y ocho en Oriente Medio (que la web distinguía como región autónoma). De ellos, trece tenían más emisoras activas que inactivas (lo que implicaba nuevos conflictos o problemas aún no superados). Hacia la República Democrática del Congo, Etiopía, Somalia, Vietnam, Irán y el Kurdistán transmitían en ese momento al menos diez emisiones clandestinas.

Los índices de desarrollo tecnológico cambiarán en los años siguientes, pero en realidad eso poco importa. Hay algo mucho más crucial para plantearnos el futuro de las emisiones clandestinas. Lo señalábamos más arriba: la radio tradicional es ya solo una de las formas del medio. Internet no compite con la radio, sino que la contiene. Y eso vale también para el tipo de radiodifusión que aquí se estudia. Hay algunas emisiones, que se califican a sí mismas de clandestinas, que nacen solo en Internet. Así ocurrió, por ejemplo, en 2009, tras el golpe de Estado que derrocó al presidente Zelaya en Honduras. Mientras se decretaba el estado de sitio y se suspendían garantías civiles, comenzó a emitir Radio Liberada «desde algún lugar de Honduras». Era la misma fórmula que tantas emisoras habían utilizado durante tantas décadas para ocultar su emplazamiento. La diferencia, en este caso, era que su programación se servía sólo en “streaming” y a la carta desde su web. Al tiempo, las emisoras comunitarias que apoyaban a Zelaya fueron callando voluntariamente o por la fuerza. La propia Radio Liberada anunció que solo operaría de forma intermitente, para dar informes cada cierto tiempo. Pretendía así garantizar la seguridad de quienes transmitían las movilizaciones en contra del golpe y los actos de represión militar, y de este modo poder asegurar la continuidad de las informaciones. Webs de medios independientes animaban a escuchar y redifundir esas transmisiones, ofreciendo enlaces espejo para no saturar la conexión principal<sup>3</sup>.

---

3/ Noticias sobre la emisora, sus vicisitudes y sus contenidos, se recogieron esos meses en [www.kaosenlared.net](http://www.kaosenlared.net).

Hay otras emisoras que transmiten en onda corta, en onda media o en frecuencia modulada, y al mismo tiempo disponen de un servicio en Internet en el que pueden escucharse sus programas y leerse sus noticias. De hecho, apenas hay emisora clandestina activa que no tenga su propia web. Podríamos, por lo tanto, citar múltiples ejemplos, pero citaremos el de Radio Insurgente, «La voz de los sin voz. Voz del Ejército Zapatista de Liberación Nacional». Fue más bien un sistema de comunicaciones que se creó el 14 de febrero de 2002. Primero fueron distintas emisoras de FM situadas en las montañas del sureste mexicano bajo control del EZLN, que transmitían tanto en castellano como en las lenguas indígenas de la zona. Luego, en agosto de 2003, llegó un programa semanal de una hora transmitido por onda corta para informar al mundo sobre la realidad de las conquistas zapatistas. Pero también se abrió una página web, sobre todo para alojar los audios de las emisiones en onda corta y algunos otros programas especiales (como los cuentos escritos por el subcomandante Marcos). Así, no solo podrían escucharlos cuando quisieran los interesados en el zapatismo, sino que las radios comunitarias de todo el mundo que quisiesen podrían redifundirlos con una calidad óptima<sup>4</sup>.

En definitiva, el análisis de las circunstancias políticas y técnicas actuales nos permite afirmar que la radiodifusión clandestina sigue siendo un género, una categoría, un tipo de radio que no forma parte del pasado, sino que sigue vivo. Un análisis confirmado por la realidad de las informaciones que aparecen en los medios de comunicación. Y, si la radio clandestina sigue estando viva, es porque sigue siendo útil. Ahora bien, el análisis de la realidad del medio nos muestra también que las radios clandestinas ya no son exactamente lo que fueron. La transformación como medio de masas que vive la radio, ese proceso de redefinición al que nos referíamos al principio de este texto, también se nota en nuestro tema de estudio. En el último apartado nos dedicaremos a esbozar algunos de esos cambios que ya se están produciendo.

## 4. Hacia dónde irá la radio clandestina

La aparición de las radios clandestinas a comienzos de los años treinta no acabó con las octavillas ni con los periódicos clandestinos. Los grupos políticos que las pusieron en marcha no despreciaron las formas de comunicación existentes; utilizaron todas las disponibles en ese momento para llegar a distintos públicos o para cumplir diferentes funciones (medios de agitación y medios de propaganda, por ejemplo, según la clásica distinción soviética). Al fin y al cabo, todas las tecnologías —y por lo tanto también las relacionadas con la comunicación— no son más que instrumentos que el ser humano utiliza en cada época para satisfacer sus impulsos más básicos como ser social. Nos parece ilustrativo a este respecto

---

4/ Datos obtenidos en [www.radioinsurgente.org](http://www.radioinsurgente.org).

comparar dos textos, uno de 1991 y otro de 2013. En 1991, una investigadora de la RAND Corporation señalaba las ventajas que tenía la radio como medio de propaganda para «los grupos insurgentes en general»: “El transmisor de radio es relativamente fácil de utilizar, requiere relativamente poco equipamiento [...], ofrece movilidad, no es caro de comprar y utilizar, y [...] puede alcanzar al mismo tiempo [a una audiencia extensa y diversa]” (Meyer, 1991: 10). En 2013, un informe del Comando Especial de Operaciones del Ejército de Estados Unidos enumeraba las «propiedades» que hacían de Internet un «lugar propicio» para que «los insurgentes» difundieran su ideología y sus métodos de acción. Entre ellas figuraban el ser barata, descentralizada, anónima y globalmente accesible (Bos, 2013: 220). Suena parecido, ¿verdad? Ese informe identificaba además “los usos actuales más importantes de Internet por parte de los grupos insurgentes o clandestinos”: publicidad y comunicaciones, aterrorizar o manipular a los enemigos, reclutamiento y radicalización, entrenamiento, captación de fondos, coordinación de actividades y movilización (Bos, 2013: 220-227). Recuerdan demasiado a los mismos objetivos que definíamos en el segundo apartado de este texto. De hecho, si bien se mira, la radiodifusión clandestina no es sino una manifestación más de la lucha constante por la libertad de expresión y de información, la adaptación a una época concreta y a una tecnología determinada de ese afán del hombre por expresar lo que sabe y lo que piensa, escapando a los controles practicados —o pretendidos— de diversas formas por las autoridades.

La historia de la comunicación muestra que, cuando aparece una nueva tecnología, en la mayoría de los casos no se produce una sustitución, sino una acumulación. Los movimientos en pro de las libertades que se han desarrollado en todo el mundo en los últimos años muestran que se aprovecha en cada momento lo que se tiene, que todo sirve para conseguir los objetivos que se buscan. Cuando en 2011 el Gobierno de Egipto bloqueó Internet para impedir la extensión de las protestas, los manifestantes recurrieron a módems dial-up para sortear la censura, pero también al fax o a los mensajes de radioaficionados, que trabajaban en frecuencias recomendadas por grupos de activistas (Castells, 2012: 74-76). Un panfleto de veintiséis páginas con instrucciones para los manifestantes egipcios, que se distribuyó de persona a persona en papel o en formato pdf, llevaba la siguiente advertencia en su portada: «¡por favor, distribúyelo solo por email, impreso o en fotocopias! Twitter y Facebook están siendo vigilados. Ten cuidado de no dejar que esto caiga en manos de la policía o de la seguridad del Estado» (Bos, 2013: 227). En sentido inverso, cuando el Gobierno de Zimbabue comenzó a requisar los receptores de radio de onda corta para impedir que la gente escuchara radios «hostiles», la emisora SW Radio África creó en diciembre de 2006 un servicio de SMS, que enviaba titulares de noticias a los teléfonos móviles que se suscribieran (Moyo, 2010: 29).

La multiplicidad de canales es precisamente la primera transformación que ya experimenta la radiodifusión clandestina, como la radio en general. Los emisores se adaptan a las condiciones de cada país, al público al que quieren llegar, al desarrollo tecnológico, a las

restricciones impuestas por las autoridades... Es lo que ocurre, por ejemplo, en Siria. Desde que la revolución fallida contra Bashar al-Assad en 2011 se convirtió en guerra civil, han surgido diferentes emisoras en las zonas controladas por las heterogéneas milicias de oposición (más de una docena contabilizaba el *New York Times* en febrero de 2014). En su mayoría prefieren transmitir en FM porque —como explicó a ese periódico Obai Sukar, director de una de esas emisoras clandestinas, Radio Al Kul— «el oyente no necesita electricidad para escucharte», y eso es básico en una zona de guerra, con continuos bombardeos y daños a las infraestructuras<sup>5</sup>. Son emisoras creadas dentro de Siria, para dirigirse ante todo a los sirios, denunciar las mentiras y los abusos del Gobierno, ayudarles en sus aspectos prácticos y promover los valores democráticos. Ahmad Kadour, fundador de otra de esas emisoras, Radio Alwan, contaba en 2013 que no podían instalar el transmisor de FM en un lugar fijo, porque el ejército de al-Assad lo bombardeaba inmediatamente. Así que, una vez grabados los programas, montaban una antena en una picap, se desplazaban a una colina y desde allí transmitían, siempre en movimiento, para no estar nunca a tiro de la artillería<sup>6</sup>. Pero, en paralelo, el 27 de junio de 2013 nació Radio Rozana, con sede en París, que transmite sus programas a través de Internet, por onda corta y vía satélite. Su directora, Lina Chawaf, explicó a comienzos de 2015 que trabajan con «ciudadanos periodistas» sirios que informan de lo que ocurre sobre el terreno, arriesgando su vida<sup>7</sup>. Pero, por los canales utilizados, la emisora parece tener más como objetivo el resto del mundo que la propia población siria, aunque la onda corta es el medio utilizado para llegar al país.

Otra de las transformaciones importantes que experimenta la radiodifusión clandestina se refiere a quiénes las ponen en marcha. Lo hemos apuntado de alguna forma en el ejemplo anterior. Es, por lo demás, una transformación derivada del cambio en las oposiciones a los regímenes autoritarios que se ha producido en muchas zonas del mundo en los últimos años. Durante décadas, las radios clandestinas las pusieron en marcha grupos políticos, guerrillas o servicios de inteligencia que querían provocar cambios radicales; sin embargo, la oposición a los regímenes autoritarios la desarrollan de forma creciente organizaciones de la sociedad civil que no aspiran a tomar el poder, sino a que se abran los espacios de participación. Son organizaciones con un carácter más cívico que político, movidas ante todo por imperativos éticos o morales, similares a las disidencias que aparecieron en algunos países de la Europa del Este desde comienzos de los años setenta y que tuvieron sus máximos símbolos en la Carta 77 de Checoslovaquia y en el KOR de Polonia. Organizaciones que no presentan un programa de actuaciones con una adscripción ideológica determinada, sino

---

5/ *New York Times*, 11 de febrero de 2014.

6/ *La Repubblica*, el 5 de septiembre de 2013.

7/ Intervención de Chawaf en el seminario «Radio y red» organizado por Aragón Radio en febrero de 2015. Noticia en [www.aragonradio.es](http://www.aragonradio.es).

que más bien pretenden exigir el respeto a los derechos humanos, a las libertades básicas, y poner a las autoridades de sus países ante el espejo de sus propias mentiras e incoherencias, ya que muchos de ellos reconocen formalmente esas libertades en sus legislaciones. Por lo tanto, muchas de las nuevas emisiones clandestinas las llevan a cabo organizaciones autónomas, muchas de ellas de periodistas que quieren dar a conocer a los demás ciudadanos la realidad de su país asumiendo los riesgos que se deriven de su compromiso. La existencia de una tecnología cada vez más barata para desarrollar una comunicación al menos semiprofesional en Internet o por FM ha permitido el surgimiento de estas organizaciones.

Radio Rozana, a la que antes nos referíamos, se define en su web como una emisora independiente, sin afiliación política o religiosa<sup>8</sup>. Podríamos añadir además el ejemplo de Radio Kalima, una emisora fundada en Túnez en 2000, en plena dictadura de Ben Ali. En realidad, primero nació como sitio de noticias en Internet para intentar ofrecer una cobertura mediática crítica e independiente de lo que ocurría en el país. Más tarde agregó una programación radiofónica, también online. Al actuar dentro del país, debía realizar sus actividades en buena medida en la clandestinidad, pero disfrutó durante un tiempo de una relativa tolerancia por parte del Gobierno. Incluso llegó a solicitar una licencia legal de radio, que no se le concedió. En enero de 2009 decidió transmitir su señal de radio también vía satélite. Días después, el Gobierno cerró los estudios, acusó a los integrantes de la emisora de recibir una «sospechosa financiación extranjera», y una de sus fundadoras, Sihem Bensedrine, fue obligada a exiliarse. «Éste es un combate contra el futuro y el futuro no está con ellos —dijo entonces Bensedrine—. Ellos pueden controlar todas las cosas en la tierra, pero no pueden controlar el cielo, y ésta es la razón por la que actúan de esta manera». Desde entonces, Radio Kalima emitió un programa diario de tres horas que se redifundía en bucle hasta el día siguiente. También se transmitió por una emisora de Marsella y vía satélite en períodos más cortos. Los programas se realizaban en Francia, pero con la colaboración desde Túnez de periodistas independientes, siempre expuestos a la represión. Tras el derrocamiento de Ben Ali durante la «primavera árabe», la emisora finalmente obtuvo su licencia legal<sup>9</sup>.

Este cambio en las organizaciones que las ponen en marcha afecta también a las características de esas nuevas radios clandestinas. La lucha por la libertad de expresión, como símbolo de las demás libertades básicas reprimidas en un país, ya no se liga a un proyecto de cambio político y social más amplio. Por lo tanto, el objetivo ya no es tango lograr la movilización ciudadana a favor de una causa, sino conseguir que esa ciudadanía tome conciencia de su propia situación y de la de su entorno. El componente informativo gana, pues, claramente terreno al propagandístico. Si las movilizaciones se producen será, en todo caso, como consecuencia de esa toma de conciencia, de la asimilación por parte de la ciudadanía

---

8/ <http://rozana.fm/en>.

9/ Informe del International Press Instituto en <http://ipi.freemedia.at>.

de que vive una situación injusta, pero no como consecuencia de unas consignas específicas. Por lo tanto, si la búsqueda de esa movilización sigue presente, pero no de forma indirecta ni en una primera fase.

Hay otra transformación que afecta a la recepción. Gracias a Internet, ya no hay emisora que no tenga un alcance mundial. Aunque su señal analógica —en caso de que la tenga— apenas se oiga en unas manzanas alrededor del transmisor, sus informaciones en la web están disponibles no solo para las agencias informativas o los medios de comunicación, sino para cualquier ciudadano. Además, frente a la dificultad histórica de estudiar las radios clandestinas por falta de audios e incluso de transcripciones, Internet permitirá en el futuro realizar mejores análisis de contenidos a partir de las webs propias o de otros repositorios.

Internet influye en una última transformación de la radio clandestina que, aunque obvia, debemos indicar también aquí para completar el cuadro. Páginas atrás nos referimos a la visibilidad añadida que tenían los grupos políticos que disponían de emisiones clandestinas, frente a los que sólo podían recurrir a publicaciones escritas. Una visibilidad que se ponía de manifiesto en su labor de estructuración, organización y encuadramiento de sus propias organizaciones, como dijimos, pero también en la capacidad de transmitir una determinada visión de la realidad al territorio objetivo primario y al resto del mundo. Las emisiones clandestinas podían llegar al mismo tiempo —salvando las interferencias provocadas por los regímenes en el poder— a todo el que tuviera un aparato de radio, fuera militante, simpatizante, neutral o incluso hostil respecto a la organización que estaba detrás de ellas. En cambio, las publicaciones clandestinas normalmente sólo llegaban —cuando lo hacían— a los militantes previamente comprometidos, y su posesión suponía muchos más riesgos que la escucha de una radio (los textos escritos son pruebas materiales exhibibles ante los tribunales, siquiera sea para salvaguardar las apariencias de legalidad en las dictaduras). Por ello, los medios clandestinos escritos tenían una influencia siempre más limitada. Gracias a Internet, esto ha dejado de ser así. Los textos, los sonidos y las imágenes digitales están a la misma distancia, con la misma capacidad potencial de difusión y en su caso convicción.

De todos modos, lo decíamos en algún otro momento y lo queremos reiterar para terminar: Internet es sólo uno de los canales por los que la radio clandestina se está hoy produciendo. Las emisiones clandestinas del futuro podrán transmitir su señal en directo también por onda corta, o por FM, o ser fuentes RSS a las que los oyentes se suscriban para recibir “podcasts”, según se estime oportuno o posible en cada caso, y se complementarán con otras formas de expresión a través de textos e imágenes. Pero seguirán ahí mientras alguien las crea necesarias, mientras haya personas que se arriesguen a ponerlas en marcha y personas que quieran encontrarlas, mientras el contexto político y el informativo las demanden. ■

## Bibliografía / Bibliography

---

- ALBERT, Pierre; André-Jean TUDESQ. *Historia de la radio y la televisión*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- BASSETS, Lluís (ed.). *De las ondas rojas a las radios libres*. Barcelona: Gustavo Gili, 1981.
- BOS, Nathan. *Human factors: consideration of undergrounds in insurgencies*. Washington: United States Army Special Operations Command, 2013.
- CASTELLS, Manuel. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza, 2012.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, Pedro. *La radio española para el exterior: estructura y funciones de la acción española en el marco de la radiodifusión internacional*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, 2002.
- HALE, Julián. *La radio como arma política*. Barcelona: Gustavo Gili, 1979.
- HOBSBAWM, Eric. *Historia del siglo xx: 1914-1991*. Barcelona: Crítica, 1995.
- HUNGBO, Jendele. *The wilderness of the public sphere: clandestine radio y Africa*. Yaoundé, CODESRIA 12<sup>th</sup> General Assembly, 2008.
- JOHNSON, Ross A.; Eugene R. PARTA (eds.). *Cold War broadcasting: impact on the Soviet Union and Eastern Europe*. Budapest: Central European University Press, 2010.
- MATTELART, Armand. *La comunicación-mundo: historia de las ideas y de las estrategias*. México: Siglo XXI, 2003.
- MEYER, Christina. *Underground voices: insurgent propaganda in El Salvador, Nicaragua and Peru*. Santa Monica (California): RAND Corporation, 1991.
- MOYO, Dumisani. «Reincarnating clandestine radio in post-independent Zimbabwe». *The Radio Journal*. 2010, vol. 8, n° 1, pp. 23-36
- NÚÑEZ MAYO, Óscar. *La radio sin fronteras: radiodifusión exterior y comunicación de masas*. Pamplona: Universidad de Navarra, 1980.
- SOLEY, Lawrence C. «Clandestine radio and the end of the Cold War». *Media Studies Journal*. 1993, vol. 7, n° 3, pp. 129-138.
- SOLEY, Lawrence C.; John S. NICHOLS. *Clandestine radio broadcasting: a study of revolutionary and counterrevolutionary electronic communication*. Westport (Connecticut): Praeger Publishers, 1987.
- STERLING, Christopher H.; Michael C. Keith (coords.). *The Museum of Broadcast Communications Encyclopedia of Radio. Volume 1, A-E*. Nueva York: Taylor & Francis, 2004.
- THOMPSON, John B. *Los «media» y la modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998.
- UIT. *Informe sobre medición de la sociedad de la información. Resumen ejecutivo*. Edición 2015. Disponible en [www.uit.int](http://www.uit.int).